

testigos también de cómo, para imponer las duras medidas y restricciones de una política económica neoliberal, ha sido preciso debilitar o destruir movimientos obreros y organizaciones políticas de izquierda, ya que ellos son, de hecho, los únicos obstáculos reales que lo impiden. La fiereza con que los han reprimido en algunos casos ha sido proporcional a la resistencia que presentaron. No debe haber ya ninguna vacilación para definir el neoliberalismo como la base económica del fascismo contemporáneo, y señalar la filosofía que lo anima como responsable último de los horrores que lo caracterizan. El fascismo, como medida auxiliar y temporal para desnacionalizar y transnacionalizar las economías regionales es, seguramente, uno de los riesgos calculados en el proyecto trilateral.

Sin embargo, las dimensiones que alcanzaria la reacción popular mundial no parecen haber sido previstas por los impulsores del proyecto trilateral. Se están levantando obstáculos que frenan el hasta aquí arrollador empuje de las corrientes de punta dentro del capitalismo. En el mismo Estados Unidos la reacción "nacionalista" de las corrientes más atrasadas del capitalismo norteamericano derrotaron (momentáneamente, quizá) a los ejecutores del proyecto trilateral que tenían a James Carter como cabeza política, dando paso al "nacionalista" Ronald Reagan. Pero entendámonos: el "nacionalismo" de Reagan no responde a intereses verdaderamente populares; tampoco lo limitan las fronteras de su país: se trata de un nacionalismo basado en la intención de vigorizar empresas transnacionales de matriz exclusivamente norteamericana, en contraposición al fortalecimiento indiscriminado implícito en los planes trilaterales que favorecían por

igual a transnacionales norteamericanas, europeas o japonesas. (De aquí parecieran derivar ciertos conflictos incipientes entre el proyecto económico político de Reagan y el mundo financiero de *Wall Street*; así como también el desapego creciente que muestra el actual presidente norteamericano por aquellas instituciones como el Fondo Monetario Internacional que han sido, de hecho, instrumentos del proyecto trilateral.)

Además de la nítida, inequívoca y espectacular reacción del pueblo francés a los reacomodamientos históricos del capitalismo mundial, comandados por los rectores de las finanzas internacionales, se perfilan derrotas cercanas para éstos, quizás en Alemania Federal, y seguramente en Inglaterra.

Entre nosotros la situación no es distinta. Poco a poco se ha ido aclarando en la conciencia política de los mexicanos la existencia de esa misma polarización presente en todo el mundo capitalista. El reciente libro de Rolando Cordera y de Carlos Tello: *México, la disputa por la nación* (Siglo XXI) define en forma brillante —y oportunamente— las dos políticas en conflicto —el proyecto neoliberal y el proyecto nacionalista— cada una de las cuales nos llevaría a uno de los frentes en pugna dentro del capitalismo actual.

Sólo restaría añadir, para cerrar este largo artículo, que el "destapado" en nuestro peculiarísimo, elemental y primitivo proceso para elegir presidente de la república, tendrá que salir, forzosamente, de las filas de una de ambas tendencias, lo que marcará, consecuentemente, el rumbo futuro de nuestra nación.

*Artículo publicado en el
suplemento Sabado del periódico
Uno más Uno, el 20
de junio de 1981.*

¿QUE BUSCAN LOS ESTADOS UNIDOS?

No le demos más vueltas al asunto: los norteamericanos quieren vender armas y están haciendo lo indecible para lograrlo. Todo su inmenso (y frágil) poderío está hoy dedicado, íntegramente, a la tarea de recuperar la hegemonía en la conducción de los asuntos económico-políticos del mundo. Tal propósito constituye la médula del "nacionalismo" de Reagan, surgido como reacción al "trilateralismo" de Carter, quien, más acorde con la evolución histórica del capitalismo, aceptaba compartir —*trilateralmente*—, la conducción

de la economía mundial con los otros dos colosos: Japón y la Comunidad Europea. Congruentemente con esta posición, Estados Unidos abrió las puertas de su propia economía, del mismo modo como se le franqueaban las fronteras de las economías ajenas.

La relativa armonía fue rota desde adentro de Estados Unidos. Acostumbrados, como habían estado siempre, a penetrar ellos en los demás, los norteamericanos se espantaron cuando fueron, a su vez, penetrados por cuantiosas inversiones extranjeras que iban desnacionalizando crecientemente su economía propia, dentro de la ola de transnacionalización del capitalismo mundial que caracteriza nuestra época. Su histeria llegó al clímax al ganar los japoneses el mercado automovilístico interno en Estados Unidos. Consciente o inconscientemente, los norteamericanos sintieron la proximidad del ocaso de su imperio: un imperio cuya base económica la había constituido la industria del

automóvil y sus derivadas (así como del imperio británico lo había sido la industria textil).

Este último eslabón en la cadena de desastres psicológicos nacionales (Vietnam, Watergate) precipitó la reacción nacionalista contra el trilateralismo que tenía como cabeza visible a James Carter, y como cabeza invisible a David Rockefeller, fundador de la ya casi mítica Comisión Trilateral. El electorado favoreció a Ronald Reagan, quien prometía devolver a la nación su grandeza disminuida y recobrar para ella la posesión y el usufructo del mundo entero. Se entronizaron entonces en el poder los dueños e impulsores de una industria obligadamente "nacional": la fabricación de armas que, por razones obvias, no admite inversiones extranjeras (europeas, japonesas u otras) en su núcleo fundamental. Una tan explicable limitación a la avidez de los inversionistas extranjeros permitió a los norteamericanos no tener que abjurar ostensiblemente de los sagrados principios del liberalismo económico, en cuyos máximos campeones se han autoerigido ellos. Así quedaba, además, satisfecha su manía de "justificar" todo, hasta sus crímenes.

Habiendo escogido la figura presidencial más adecuada para las circunstancias, pero confiando sobre todo en la absoluta falta de escrúpulos morales de un Alexander Haig (a quien utilizo como símbolo para no tener que enumerar también los otros halcones), se lanzaron los empresarios nacionales a la aventura del más fabuloso negocio de todos los tiempos. Con la industria de las armas como locomotora se restablecería la buena marcha de la languideciente economía interna estadounidense y, por ese camino, recuperaría la hegemonía mundial. Con tales propósitos, los nuevos dirigentes políticos fueron lanzados como toros ciegos y enardecidos a la conquista y a la creación de mercados mundiales de armas, sin parar mientes en quiénes caían a su paso golpeados, heridos o muertos. Pero la *Chrysler* se salvaría de la inminente bancarrota fabricando vehículos militares y en general todo el material bélico rodante, y la *Dupont* alcanzaría cimas inimaginables en sus ganancias con la preparación de la guerra química.

Pongámonos en su lugar y tratemos de comprender la mentalidad pragmática de los norteamericanos, astutos y formidables empresarios y habilísimos comerciantes consumados o en potencia. Otra de sus manías, la de querer ser vistos bajo la fachada *hollywoodense*, y de ser juzgados bajo esa imagen estereotipada de seres un poco ingenuos y un poco idealistas —el *cowboy* Ronald Reagan— no se compadece con las repetidas experiencias que los muestran haciendo a un lado cualquier estorbo ideológico que obstaculice sus negocios, lo que les permite levantar tranquilamente el embargo en la venta de granos a la URSS, establecer insó-

litas relaciones con China, o cambiar súbitamente su apreciación sobre el hasta hace poco desdeñado vecino pobre: México. Tengo la convicción de que para vender todo lo que necesitan vender —y hoy se trata del armamento que su industria revitalizada está fabricando a todo vapor— los norteamericanos no se detendrán ante ningún obstáculo, ya fuera físico, ya moral. Ante ninguno. . . excepto aquél que constituyera real y verdadero peligro de confrontación armada con la Unión Soviética.

Su necesidad de vender armas a como haya lugar no aparece el deseo de entrar en guerra ellos mismos. ¡Y menos con la URSS! Bien dicen que "no hay loco que coma lumbre. . ." No creo que éste fuera el propósito ni siquiera del propio Haig, a pesar de lo que sugiere su rostro de ave depredadora, cuyas fosas nasales abiertas y anhelantes —que parecieran estar oliendo permanentemente pólvora, sangre o sexo— está pidiendo a gritos un psicoanálisis profundo para bien de toda la humanidad. Porque con semejantes preparativos bélicos, el peligro real de una guerra espantable crece y se va volviendo autónoma respecto de sus iniciadores y presuntos controladores.

Esta cualidad pragmática de los norteamericanos debe ser reconocida sin acentos peyorativos. Por lo contrario: en realidad es admirable la congruencia entre su filosofía y sus conductas prácticas. Los incongruentes somos nosotros —mestizos incorregibles— al querer juzgarlos con nuestros patrones culturales y valores morales distintos. Los contemporáneos son ellos, quienes encarnan los más puros principios del capitalismo puro; los extemporáneos somos nosotros, híbridos del pasado y del futuro, sin presente definido: colgados entre el ayer colonial y el mañana socialista.

Hay algo que debemos tener muy claro los tercermundistas frente a los potentados del Norte, sobre todo ahora, en vísperas de la ronda de Cancún, en el próximo octubre, en donde se tratará de dialogar con ellos.

A causa de la profundización de la severa crisis, originada en Estados Unidos, pero que golpea a todo el mundo capitalista, y por los elementos nuevos que han aparecido en ella (la estanflación y los obstáculos, impuestos por las conquistas sociales y políticas de los obreros, a los mecanismos que acostumbran utilizar los capitalistas para salir de las periódicas crisis), los países centrales han ido aumentando su dependencia respecto de los mercados de los países periféricos, lo cual es manera elegante o eufemística de decir que *necesitan incrementar y apropiarse el plusvalor generado internacionalmente* para salir de la crisis. En palabras más crudas: necesitan explotar más amplia y profundamente el Tercer Mundo. Sólo que éste ya no está tan indefenso como antes.

A fuerza de muchas penalidades, el Tercer Mundo ha ido ganando un cierto grado de unidad, nada despreciable, para enfrentarse a sus explotadores. Lo que ha sido ganancia para unos se traduce en pérdida para otros: más que la URSS, el gran adversario que se yerge en estos momentos frente al imperialismo es un Tercer Mundo levantándose para luchar por su independencia económica y por sus derechos de toda índole. Y nada amenaza tanto al capitalismo imperialista como una posible independencia económica del Tercer Mundo: ¿cómo podrían existir *patronos* sin asalariados? Los salarios de las naciones subdesarrolladas los pagan las naciones industrializadas y consisten en los precios de las materias primas. Con objeto de fijar éstos, se emprenden agotadoras negociaciones, casi siempre improductivas, que hoy se engloban bajo el nombre de "diálogo Norte-Sur". Para defender los precios de las materias primas (sus salarios) se unen los países tercermundistas en verdaderos sindicatos de países explotados, tales como los llamados "Grupo de los 77", o "Países no alineados", o los que forman el SELA, y otros menos institucionalizados. Para abatir aspiraciones económicas de naciones pobres, el imperialismo debilita el poder de la Asamblea de las Naciones Unidas (en donde tiene mayoría el Tercer Mundo) al sacar de su seno las negociaciones decisivas y llevarlas a instituciones como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, en donde dictan sus condiciones.

Como política general y prioritaria en estos momentos, el imperialismo trata de impedir a toda costa que se unifiquen las demandas y se fortalezca el poder de negociación del Tercer Mundo: no es ningún secreto que la permanente convulsión en que mantienen el Cercano Oriente tiene como meta ahondar la división entre los árabes para debilitar y, posteriormente, acabar con la OPEP. Como todos sabemos, la rehabilitación de los precios del petróleo constituyó el primero y más espectacular triunfo del Tercer Mundo en su permanente batalla por lograr precios justos a sus materias primas. Hoy la OPEP es una importante cabeza de playa, además de ofrecer un aglutinante real y psicológico que impulsa las batallas del Tercer Mundo.

La reanudación de la guerra fría mediante inauditas acusaciones a la URSS, que parecerían grotescas si no fuera porque están conduciendo a situaciones trágicas, provee a Estados Unidos del instrumental ideológico necesario para sus múltiples propósitos:

- a) justificar ante el propio pueblo estadounidense el desorbitado aumento del presupuesto bélico en el interior, y las conductas agresivas de su Gobierno en el exterior;
- b) manipular la opinión pública para que se acepte la nueva política económica antiobrera y des-

manteladora de los servicios sociales, impidiendo o retrasando así una respuesta sindicalista a nivel nacional dentro de Estados Unidos;

- c) crear en todo el globo conflictos armados *controlables* como mercados más o menos permanentes para su producción hoy intensificada de armas;
- ch) frenar o debilitar los movimientos de liberación económica —y política— en el Tercer Mundo;
- d) impedir (o en algunos casos romper) el acercamiento de los países pobres al mundo socialista;
- e) restarle espacios de expansión económica y política a sus competidores europeos y japoneses al imponer la bipolaridad del mundo.

El juego mundial de Estados Unidos se ve ya más claro: fustiga *verbalmente* a la URSS (a la URSS en el contexto general y a Cuba o a Libia en el particular regional), para poder golpear *de hecho* al Tercer Mundo, al que necesita mantener sojuzgado económica y políticamente para alimentar su poderío de potencia mundial *capitalista*. Hay que tener muy claro que en estos terrenos sus verdaderos rivales son las otras potencias capitalistas y no la URSS. Es en el campo ideológico, fundamentalmente, y en el militar, en donde el imperialismo norteamericano se siente amenazado por la URSS. Al amedrentar con bravatas al Tercer Mundo, golpea de hecho a la URSS, ya que el fortalecimiento de la revolución mundial traería intenso alivio a esa agobiante carrera armamentista en la que fue embarcada por los norteamericanos, carrera armamentista que distorsiona en muchos sentidos una evolución normal del socialismo, lo cual le resta fuerzas o influencia para ganar adeptos.

Hay otro elemento de juicio que se debe tener en cuenta: el sistema capitalista puede verse favorecido en momentos de grave crisis por una "economía de guerra", y aun por la guerra misma; para el sistema socialista, en cambio, son absolutamente necesarias la paz y la normalidad de la economía, ya que de otro modo corre el peligro de disolverse como sistema fincado, precisamente, en la solución de las contradicciones del capitalismo.

El juego ofrece riesgos para Estados Unidos. Además de haberse visto obligado a mostrar al desnudo la salvaje e inhumana condición del capitalismo cuando se desembaraza de sus frenos reformistas, lo cual le está enajenando aliados voluntarios y lo está aislando en el mundo, también se va internando más y más en una batalla que tiene de antemano perdida: la que ha establecido contra el tiempo y la historia. Este gigantesco y loco esfuerzo que está haciendo por recobrar la hegemonía perdida sólo hará más estrepitosa la caída de su imperio: les está faltando la flema y la aristocrá-

tica elegancia con que los ingleses vieron caer el suyo.

No es precisamente a la fuerza, o a regañadientes, como podría creerse después de lo que aquí se ha dicho, que Estados Unidos vendrá a la próxima ronda del mal llamado "diálogo Norte-Sur", entre explotados y explotadores. En Cancún podrá Estados Unidos establecer diálogo y evitar enfrentamientos con la Internacional Socialista, la cual, a pesar de reflejar, fundamentalmente, intereses de naciones capitalistas europeas, ofrece un proyecto distinto para un nuevo orden económico internacional que, *en las actuales circunstancias*, conviene tácticamente en la lucha a más largo plazo del Tercer Mundo. Estados Unidos se ve obligado a buscar diálogo con sus competidores europeos, sobre todo ahora que la huelga de los controladores aéreos amenaza convertirse en detonador de una reacción sindicalista nacional contra la política antiobrera de Reagan, y en aglutinante del descontento de las masas populares norteamericanas; y ahora también que los gobiernos aliados europeos aflojan los vínculos que los atan a la potencia ex hegemónica, y que crece el antinorteamericanismo en los pueblos del Viejo Continente. El comunicado conjunto de los presidentes de México y de Francia, en relación con la autoridad moral de las organizaciones revolucionarias salvadoreñas para representar legítimamente a buena parte de su pueblo, es símbolo de la alianza tácita entre el Tercer Mundo y las democracias europeas contra el capitalismo salvaje de las políticas económicas antiobreras, de la guerra fría y de la amenaza armamentista que el imperialismo norteamericano pretende imponer al resto del mundo.

El gigante viene, pues, a Cancún, con las fuerzas disminuidas, aun cuando su habitual prepotencia trate de ocultarlo.

No es entonces remota la posibilidad de que el imperialismo norteamericano arrie banderas importantes frente a las socialdemocracias europeas y a la solidaridad entre ellas y las naciones pobres en Cancún. Una conducta tal del imperialismo norteamericano se

alinearía con la evolución normal del capitalismo: el fascismo a no muy largo plazo acaba por asfixiar las posibilidades del desarrollo capitalista, y llega un momento en que sólo el reformismo puede sacarlo del pozo en que ha caído y restablecer su marcha habitual. Los profascistas norteamericanos (y los de otras partes) parece que empiezan a comprender —hay síntomas para suponerlo— la necesidad de restituir poder de compra a los países explotados (y dentro de ellos a sus respectivas clases asalariadas) si se quiere normalizar el flujo comercial en el mundo, tan vital para ambas partes en pugna. Se acerca, pues, la hora de las negociaciones: de ceder un poco en sus demandas, los unos; de aflojar algo sus rigideces, los otros. Y esta hora podría sonar próximamente en Cancún. Si no fuere allí, sería un poco más tarde en otra parte; pero la hora llegará pronto, no caben dudas.

En cualquier caso, el Informe Brandt se convertiría en pie forzado para las discusiones y se iniciaría con ello un proceso de "socialdemocratización" en las relaciones internacionales. Cabría a la Internacional Socialista (al genio político de Willy Brandt) el mérito de haberle puesto el cascabel al gato; François Mitterrand surgiría, probablemente, como principal figura de la alianza coyuntural de las potencias del capitalismo reformista con el Tercer mundo "asalariado"; José López Portillo tendría el honor de ser el anfitrión de lo que podría llegar a ser el más importante acontecimiento político mundial en mucho tiempo, y el mérito de haber contribuido, consciente y responsablemente, para la realización del mismo. Para las grandes masas tercermundistas se iniciaría un respiro apreciable en la zozobra y en la angustia en que viven, y a quienes luchamos en favor del socialismo nos quedaría el consuelo de una posible apertura de condiciones más favorables que las actuales, desde donde arrancar una verdadera transformación socialista.

Tales son las ventajas del reformismo; sus desventajas no son menores y ya se irán conociendo sobre la marcha: para nosotros los mexicanos no son desconocidas.

Ponencia presentada en el coloquio internacional que bajo el título de La internacional Socialista: una propuesta para un mundo en crisis se celebró en la UNAM del 24 de junio al 10 de julio de 1981.

EL "NEOLIBERALISMO" ECONÓMICO CONTRA EL "ESTADO DE BIENESTAR"

Vista con la perspectiva que hoy poseemos, se aprecia durante la gran crisis de los años 29 y siguientes un

agotamiento de posibilidades de la empresa privada para financiar por sí sola la infraestructura y las inversiones urgidas por la dinámica expansionista del capitalismo, es decir, por la necesidad de encontrar cauces a las fuerzas productivas en aumento. Es entonces que se abandonan banderas ideológicas de un liberalismo económico estricto y no sólo se acepta, sino que se propicia, la intervención del Estado en la economía, es decir, el crecimiento del sector público. Empieza el reinado de Lord Maynard Keynes en el mundo de la teoría económica, y se entroniza la economía mixta, con dife-